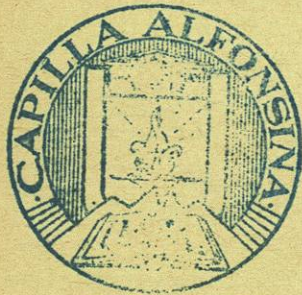


UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON

COMITE EDITORIAL DEL CURSO DE EVOLUCION DE LA
CIVILIZACION CONTEMPORANEA DE LA
FACULTAD DE ECONOMIA

EVOLUCION DE LA CIVILIZACION
CONTEMPORANEA

CAPITULO III. LA HERENCIA MEDIEVAL:
ECONOMIA, SOCIEDAD, POLITICA



FONDO UNIVERSITARIO

131074

Monterrey, N.L., 1977

1a. edición: 1963
2a. reimpresión: 1977

CB 351
U5

(c) Derechos asegurados conforme a la Ley. Esta edición es propiedad de la Facultad de Economía de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

Impreso en México

III, E
Pág. 1

CAPITULO III

LA HERENCIA MEDIEVAL: ECONOMIA, SOCIEDAD, POLITICA*

Primera parte: La antigüedad.

Medio milenio después del nacimiento de Cristo, el mundo cultural de Occidente hallábase dominado por sombríos pensamientos. No solo porque tanto las condiciones materiales como hasta las más finas ramificaciones espirituales de la vida cultural habían entrado desde hacía largo tiempo en una fase de estancamiento seguida por otra de manifiesta decadencia, sino porque el propio estado romano, que desde hacía ya varios siglos se consideraba consustancial con toda civilización, se estremecía en sus cimientos. No importa que los emperadores de Bizancio-Constantinopla siguiesen abrigando la pretensión de ser los árbitros del mundo; en realidad, los que mandaban, desde el Africa hasta el Mar del Norte, desde Britania hasta los países del Bajo Danubio, eran los reyes y caudillos militares germanos.

El abatimiento y la desesperación apoderábanse de los espíritus, sobre todo, porque no se veía en esta bancarrota precisamente una evolución histórica, en que lo nuevo desplaza constantemente a lo viejo y a lo caduco. Las gentes habíanse acostumbrado a considerar el orden vigente hasta entonces en el estado y en la sociedad como algo inmovible y esencialmente inmutable, sin admitir la posibilidad de que fuese suplantado por una situación fundamentalmente nueva.

*La primera parte del ensayo ha sido tomado de: Johannes Bühler, Vida y Cultura en la Edad Media. México, Fondo de Cultura Económica, 1946. Pp. 7-15. D.R. Copyright (c) 1946 by Fondo de Cultura Económica. Las partes restantes han sido tomadas de: Henri Pirenne, Historia de Europa. México, Fondo de Cultura Económica, 1956. Pp. 50-59, 35-39, 71-79, 109-119, 141-156, y 157-165. D.R. Copyright (c) 1956 by Fondo de Cultura Económica. Reproducción hecha con permiso de los editores.

Era creencia general que el mundo debía seguir existiendo como hasta entonces o dejar de ser un cosmos, un todo ordenado y armónico, para hundirse en el caos. "Marchamos hacia la disolución de los tiempos, y ciertas enfermedades no hacen más que anunciar el fin que se avecina." Estas palabras de San Ambrosio, escritas en el año 386, no marcan solamente el fin de la Edad Antigua, sino también el comienzo de la Edad Media. En tales circunstancias, no tiene nada de extraño que la voluntad de vivir, si es que realmente existía, no se manifestase precisamente en la plasmación creadora y se contentase con la conservación de lo existente.

Es posible que los reyes, militares y caudillos de tropas germánicas y los hombres que los seguían no viesen el mundo con estos ojos de pesimismo, suponiendo que se parasen a pensar acerca de los formidables acontecimientos de su época. Por fin, habían conseguido lo que las tribus nórdicas venían reclamando de Roma desde hacía más de seiscientos años, desde que, empujadas por la marejada turbulenta que inundaba sus países, presionaban hacia el sur, lo que los germanos ambicionaban cada vez más impetuosamente desde el siglo segundo después de Cristo: tener acceso a las tierras, a los bienes y a los goces de los pueblos civilizados del mediodía. Ahora, el germano ya no moraba como esclavo en las casas de los romanos, ya no necesitaba obedecer a oficiales romanos como miles gregarius, como soldado raso; lejos de ello, mandaba y era dueño de palacios. Claro está que no todos los germanos podían ostentar mando, pero los de abajo peleaban, al fin y al cabo, como guerreros libres bajo el caudillaje de los príncipes de sus tribus o de los jefes libremente elegidos por ellos y, como "confederados" y "huéspedes" a quienes la población indígena se hallaba en la obligación de ofrecer alojamiento y de ceder una o dos terceras partes de las tierras poseídas por ella, o sus frutos, * constituían, temporalmente al menos, una especie de casta señorial.

Sin embargo, no hay nada que autorice a pensar que los

* La "hospitalidad" no fue una institución creada por los germanos para oprimir a la población indígena, sino simplemente la continuación del sistema romano de alojamientos. Por lo demás, dentro de los dominios del imperio romano seguían viviendo como esclavos, artesanos y agricultores (colonos) numerosos germanos y descendientes de germanos, con sus libertades personales en gran parte muy restringidas.

germanos se propusieran como meta, ni mucho menos, la destrucción ciega de lo existente -el llamado vandalismo* no pasaba de ser, en realidad, una de aquellas leyendas negras con que el mundo romano, al sucumbir, se vengaba del mundo germánico-, ni siquiera del derrocamiento del Imperio romano y la instauración de un nuevo imperio universal o, simplemente, de una serie de estados sustraídos por entero a la acción del romanismo. El hecho de que, en muchos respectos, sobre todo en lo tocante a la vida jurídica, se aferrasen a sus viejos usos y tradiciones, no significa en modo alguno que rechazasen en bloque la cultura y la civilización romanas. Tan pronto como tomaban posesión de un territorio romano -acogiéndose para ello, en lo posible, a tratados concertados con el emperador romano en Constantinopla- y consolidaban en cierto modo su poderío dentro de él, operábase un proceso, en algunas tribus más rápido, en otras más lento, de adaptación al sistema de vida de quienes lo venían gobernando. Los reyes y los principales gobernantes, sobre todo, diéronse cuenta en seguida de que las conquistas puramente materiales no bastaban, si no se sabía consolidarlas, administrando lo conquistado y organizando la producción para suplir lo consumido. Las instituciones sociales y del estado fruto de condiciones germánicas mucho más simples no podían hacer frente a muchos de los nuevos y complicados problemas que a los germanos les planteaban ahora la gestión del estado y la organización de la sociedad, con su sistema de grandes terratenientes y de colonato, de artesanado y de comercio, y esto obligábase a recurrir en muchos campos a los precedentes romanos o a apropiarse directamente las instituciones romanas con que se encontraban.

Por todas estas razones, tanto el mundo romano y romanizado como los germanos invasores seguían considerando la fase de cultura alcanzada por los griegos y los romanos al cabo de unos mil años de progreso, aun después del colapso del imperio, de la potencia universal romana, como el exponente de lo que hoy llamamos cultura y civilización. Las transformaciones operadas en la vida cultural de esta época no corresponden, ni con mucho, a la enorme envergadura de los acontecimientos políticos que en ella se desarrollan, precisamente

* Los vándalos eran precisamente una de las tribus germánicas más afortunadas de cultura. El soldado germano no era, en general, ni más cruel ni más humano que los soldados de origen romano o cualesquiera otros.

porque, como hemos dicho, lo mismo en los griegos que en los romanos había hecho crisis la voluntad auténticamente creadora. En realidad, los cambios fundamentales de este orden habiéndose operado ya más bien dentro del marco del Imperio romano antes de su desaparición, primero bajo Diocleciano (284-305) y luego bajo Constantino el Grande (en el año 306 o del 323 al 337) y sus sucesores, es decir, antes de que comenzase la Edad Media, bajo los embates de la gran migración de los pueblos. Sin embargo, desde un determinado punto de vista este movimiento y la transformación política del Occidente provocada por él cuentan entre los acontecimientos más importantes de la historia de la cultura: el mundo del germanismo se introduce así en la órbita cultural en que venían girando hasta ahora los países del Mediterráneo y su entrelazamiento con el romanismo abre los cauces para la trayectoria que habrá de seguir en lo sucesivo toda la cultura europea.

Toda la humanidad de Occidente sigue ateniéndose, no sólo a comienzos de esta época, sino durante toda la Edad Media, al ideal de cultura de la antigüedad, y éste determina la actitud intelectual y espiritual del hombre europeo. Es precisamente esta actitud ante la antigüedad la que nos permite asignar a la época situada entre aquella y los tiempos modernos un carácter propio y específico que la distingue en su conjunto de todas las demás. En algunos de sus períodos, por ejemplo en el de las Cruzadas, en el de los cátaros o en el del movimiento de los concilios, la Edad Media revela una agitación espiritual superior a la de ninguna otra época de la historia y aparece sometida a transformaciones políticas, económicas, científicas y artísticas de gran envergadura; pero, a pesar de todas estas transformaciones, la gente de la época estaba convencida y siguió estándolo de que la salvación de la humanidad no se cifraba en algo fundamentalmente nuevo, en el constante progreso, sino única y exclusivamente en dejar en libertad, en desplegar las fuerzas y los valores contenidos en el patrimonio heredado de la Antigüedad: no hacía falta esforzarse en cavilar y reestructurar continuamente la verdad, el bien y la belleza, pues ya se habían preocupado de hacerlo de una vez para siempre "los antiguos"; bastaba con asimilarse los conocimientos logrados por ellos y con ejercer las artes que ellos inventaran y llevaran a la perfección. Este punto de vista absolutamente conservador -el cual no impedía, naturalmente, que a veces se abrazaran, sin darse cuenta de ello, caminos totalmente nuevos- explica muchos de los fenómenos casi inconcebibles de la Edad Media, que habremos de tener ocasión de poner en relieve.

El Renacimiento no necesitó, pues, despertar en los hombres el entusiasmo por la Antigüedad, pues ya se habían encargado de hacerlo en proporciones difícilmente superables la Edad Media. Pero, mientras que ésta, al apropiarse los bienes culturales antiguos, obraba de un modo instintivo, movida por lo que consideraba la evidencia misma y como si no fuese posible obrar de otro modo, lo que hacía que en su obra despreocupada de reestructuración se apartase muchas veces del espíritu y de las formas de la Antigüedad, el Renacimiento remontábase a ésta de un modo consciente y reflexivo. Ambas épocas coinciden en apreciar que la Antigüedad representa de por sí la perfección; pero el Renacimiento tiene la conciencia de que los hombres se han apartado de este ideal. Esto lleva a los renacentistas a un análisis crítico en dos sentidos: frente al presente, para descubrir en qué y hasta dónde se ha desviado su arquetipo, y frente a la Antigüedad misma, para investigar qué es lo que realmente y en justicia puede ser considerado como antiguo. No es misión nuestra seguir aquí la trayectoria del Renacimiento; únicamente queremos dejar bien sentada una cosa: que comparte con la Edad Media su fundamento ideal predominante. Ello quiere decir que sólo es posible comprenderlo partiendo de esta época y que, sobre todo en sus comienzos, pero también en su desarrollo ulterior, no hay razón para trazar entre el Renacimiento y la Edad Media una línea de separación tan acusada como suele establecerse.

La prosecución cultural de la Antigüedad a través de la Edad Media y del Renacimiento, enlazado con ella ha influido muy profundamente en la vida espiritual de los países occidentales hasta los tiempos presentes. Fué así como llegó a nosotros, en gran parte, la obra milenaria de cultura de Grecia y de Roma. Por esos canales no sólo se ha beneficiado la Edad Moderna con lo más valioso del espíritu y la mano del hombre; no sólo vive todavía hoy en el estado y en el derecho, gracias a aquellas épocas, mucho de la civilización romana: lo más importante de todo era y sigue siendo tal vez hoy aquel optimismo cultural, extraordinariamente fecundo, nacido de la actitud conservadora de la Edad Media. El laborar para todos los tiempos es un afán perenne de la humanidad, y sólo los hombres y las épocas cuyo cerebro y cuya mano no se sienten paralizadas por la idea de que todo el presente se hunde irremisiblemente y sin dejar rastro en el mar del pasado son capaces de crear cosas grandes. La fe en la pervivencia de los valores de la cultura y de la civilización, fe que se mantiene viva a través de la historia, desde la Antigüedad hasta nuestros días, es fuente de poderosos estímulos para el hoy y para el mañana,

ya esté poseída la humanidad, como en la Edad Media, de la conciencia de un algo absoluto que el hombre no puede perder, ya conciba cuanto acaece como un proceso incesante de evolución y de cambio, con la incorporación constante de valores nuevos, y como la resultante del entrelazamiento y las mutuas influencias entre lo nuevo y lo tradicional.

Hay también, por otra parte, dos fenómenos que podemos considerar como enfermedades del espíritu de la Europa de hoy y que son atribuibles si no exclusivamente, por lo menos en gran parte, al empeño de la Edad Media y del Renacimiento por aferrarse a la Antigüedad y, sobre todo, al modo como lo hicieron: nos referimos al divorcio que se acusa dentro de cada nación entre dos clases de hombres, los cultos y los incultos, y a la torpeza, que es casi incapacidad, para aconsonantar la actitud espiritual del hombre con la situación general de la cultura material existente en cada lugar y en cada tiempo, con los cambios operados en la fisonomía puramente científica del mundo y con las transformaciones políticas y sociales. En esto tal vez, mucho más que en los cambios mismos, estriban las crisis culturales que de tiempo en tiempo se producen en el Occidente.

El patrimonio cultural antiguo era para el hombre de la Antigüedad algo suministrado por la naturaleza y asequible, por tanto, aun a las inteligencias menos privilegiadas. Los dioses de la Hélade habían brotado en esencia, y con los mitos maravillosos que los rodeaban, del paisaje griego y del espíritu y el temperamento de los griegos,* y el niño, al criarse, se asimilaba la cultura de su país de un modo tan natural como el aire que respiraba. Más tarde, la transformación de la cultura griega para convertirse en la civilización romana universal, la construcción de un gran estado y la reglamentación estrictamente jurídica de las relaciones entre los hombres y las de éstos con los dioses, era una necesidad y un goce para el pueblo

* El hecho de que también al comienzo de este ciclo aparezcan las influencias del Asia Menor y del Egipto no altera en lo más mínimo el carácter nacional que en lo fundamental presenta la cultura griega; el mundo griego no empieza a desintegrarse gradualmente bajo la acción de elementos extraños hasta el momento en que se produce su bancarrota política en la guerra del Peloponeso.

que en otro tiempo arrancara al labriego del arado para confiarle directamente las altas magistraturas del estado y el mando de sus ejércitos. Es cierto que se advierten diferencias muy profundas entre el grado de cultura de los ciudadanos en Atenas y en Roma y que la altura y la profundidad del pensamiento, como la maestría en el arte, dependían entonces, al igual que hoy, del talento de cada cual, de su labiosidad y de su adiestramiento. Sin embargo, la unidad interior y el carácter popular de toda la cultura hacían posible que un simple artesano o un vulgar labriego se condujesen con la pasión de un Esquilo o con el brío de un Píndaro, o participasen con sentido crítico de la obra legislativa de Roma.

¿Pero cómo podía el Apolo aclimatado al paisaje alegre y luminoso de la Hélade hablar a los hombres que venían de las tierras del norte envueltas en nieblas, para hacerse comprender de ellos sin dificultad? ¿Qué podían decirles las escuetas, perfiladas y sutiles normas jurídicas de los romanos a estos hombres, habituados a representarse los actos jurídicos con el aparato de un meticuloso simbolismo, a agarrar a los testigos de una oreja, a poner una espiga en el regazo al miembro de la parentela elegido como heredero? No, para ellos no eran exóticos solamente las palabras y los nombres del sur, lo era también su alma.

Claro está que con las huestes germánicas emigraron también los cantos y las leyendas de los dioses y los héroes de sus tribus; en muchos lugares de las tierras bañadas por el Tíber, el Ebro y el Sena guardábanse y practicábanse los usos y costumbres santificados por los siglos como hoy se guardan y se practican junto al Weser y el Elba. Pero todo esto fué hundiéndose poco a poco en esas simas profundas en las que pueden crecer frondosos matorrales, pero en los que jamás se acusa un verdadero desarrollo de la cultura. La lengua de Roma mantúvose durante largos siglos en Europa como el verdadero instrumento de expresión del espíritu y de las artes basadas en la palabra. Y cuando, unos siete siglos después de la desaparición del Imperio romano, el mundo laico se volvió de nuevo a la poesía en sus formas caballerescas y empezó a florecer una vida nacional del espíritu, la lengua materna se dedicó a cantar las figuras antiguas, y hasta los héroes literarios de los tiempos germánicos o francos, un Carlomagno o un Rolando, se calcan en gran parte sobre los modelos de la Antigüedad. Y Dante, el más grande de los poetas del nuevo mundo de las ciudades, rebosante de energía, toma por primer guía a Virgilio.

Quien desee comprender la cultura occidental tiene que hallarse, pues, iniciado hasta cierto punto en la cultura de la Antigüedad. Quien no sepa nada de los dioses, los héroes, los pensadores y los poetas de Grecia y de Roma no puede tener una conciencia clara de la órbita cultural dentro de la que vive. Una de las tragedias de la humanidad europea consiste en que sólo una minoría relativamente pequeña de gentes se halla preparada para conocer y asimilarse plenamente un mundo cultural como el nuestro, sobre el que pesan tantos elementos oriundos de una época remotísima, que para los hombres del otro lado de los Alpes son, además, elementos procedentes de pueblos extraños. De aquí que la masa, hasta entrado el siglo XIX, permaneciese en cierto sentido al margen de la cultura y aun a partir de entonces se incorpora más bien a la civilización que a la cultura en sentido estricto. La palabra "Pueblo" es muchas veces sinónimo de masa inculta, frente a la que los hombres cultos forman una casta.

Pero tal vez aparezca más preñado de consecuencias para el Occidente el modo como se atuvo a la Antigüedad que la saturación de su patrimonio cultural con ideas y emociones que, por ser exóticas, no encontraban eco directo en la mente ni en el corazón del hombre sencillo: fué aquel fenómeno el que condujo, en gran parte, a esa relativa inseguridad, más aún, a esa falta de sinceridad interior que caracteriza a la actitud del espíritu europeo hasta los tiempos actuales.

La cultura antigua no se derrumbó por efecto de ninguna catástrofe, por obra de la invasión de los pueblos, sino porque había ido devorando poco a poco sus propias fuerzas. No lo deploramos, y ya hemos puesto de manifiesto aquí con toda fuerza cómo, a comienzos de la Edad Media, se intentó salvar y se transfirió a las nuevas condiciones de vida la mayor suma posible de los bienes culturales recogidos de la Antigüedad. Fué, como tendremos ocasión de ver, un enriquecimiento y un estímulo fecundo para el mundo germánico. También Grecia se había beneficiado en alto grado con los estímulos y las sugerencias del Oriente, y Roma no sólo se dejó influir por Grecia, sino que se helenizó cabalmente en todos los aspectos de su vida en que sintió la necesidad de abrazar una cultura refinada. Pero, tanto en uno como en otro caso, el proceso de asimilación había versado sobre elementos ajenos que mantenían aún su vitalidad íntegra, mientras que lo que se hizo a comienzos de la Edad Media fue conservar trabajosamente y en gran escala los restos de un mundo muerto y aferrarse a ellos como normas, no pocas veces con sumisión demasiado

servil. Y aunque, principalmente en los campos relacionados con la vida práctica, con la transformación del estado, el derecho y la sociedad, se lograsen, como indudablemente se lograron, muchas creaciones en gran parte nuevas, las sugerencias espirituales de la Antigüedad acusábanse continuamente. Sin embargo, el hombre de Occidente ya no volvió a ser un hombre de una pieza como el de los tiempos antiguos, aunque las figuras de los revolucionarios franceses quisieran hacerse pasar por Brutos y Catones, con los que realmente no tenían nada de común. El corazón del europeo ha sufrido muchos cambios radicales desde el día en que un caudillo militar germano arrojó del trono al último emperador romano, pero sin que, desde entonces, el rostro del hombre occidental llegase a expresar nunca, libre y espontáneamente, los sentimientos más íntimos de su alma, pues se lo impedía el afán de apoyarse casi siempre, lo mismo en sus palabras poéticas que en sus gestos artísticos, en modelos interiormente ajenos a él. Y era tal esta servidumbre espiritual, que aun cuando se esforzaba en desviarse conscientemente de ellos, el deslinde con aquel mundo de sentimientos divergentes venía a empañar la pureza y la originalidad de sus propias ideas y emociones. Y esto, naturalmente, es aplicable en grado mucho mayor a la parte germánica del Occidente que a la parte latina, ya que en ésta la Antigüedad no es solamente un patrimonio cultural, sino también, hasta cierto punto, la expresión directa de su propio ser...